



DECLARACIÓN FUNDACIONAL NANAÍSTA

Inspirado por las vanguardias de principios del siglo XX, el nanaísmo surge como protesta ante la degradación cultural, y sobre todo ética, de nuestra actual sociedad. No sólo vivimos una crisis económica, sino también de valores. Padecemos un nihilismo agudo. Nuestro mundo se empobrece en mitad de un gran estrépito. Hemos dejado de leer, tememos al silencio y establecemos conductas gregarias. Consternados ante esta situación, los nanaístas, tanto creadores como partidarios, somos unos rebeldes de la negación. Para Camus, el hombre rebelde era aquel que sabía decir “no”. La rebelión va acompañada de la sensación de tener uno mismo, de alguna manera y en alguna parte, razón. Esto es: “la rebelión tiene su origen en la conciencia, en el saber”. De esta íntima seguridad de que el Estado del Bienestar ha creado un gran rebaño de estómagos agradecidos donde reina la anomia, el relativismo moral y la apatía, los nanaístas, un grupo de rebeldes desde la conciencia del saber, defendemos el siguiente manifiesto:

MANIFIESTO NANAÍSTA

1. **Reivindicamos el surrealismo español.** Aunque sorprenda, el surrealismo ibérico hunde sus raíces en el Siglo de Oro español, con la novela picaresca, Cervantes (a través de la dialéctica sancho-quijotesca) y la mordacidad de Lope de Vega, Góngora y Quevedo. Sin embargo, hubo que esperar hasta el siglo XX para conocer la segunda cima del género. Decía Antonio de Lara, *Tono*, miembro del *Otro 27* junto a Miguel Mihura, Edgar Neville, Enrique Jardiel Poncela, K-Hito, José López Rubio, Enrique Herreros, etc.: “Fue nuestra generación una verdadera generación precursora, pues todavía se están riendo de nosotros”. Y apostilló Pedro Laín Entralgo: “Hay una Generación del 27, la de los poetas, y otra Generación del 27, la de los *renovadores* -los creadores más bien-, del humor contemporáneo”. Los nanaístas aspiramos a tomar el relevo de ese *otro 27* y usar su humor, elegante, surrealista y magnífico, para diseccionar la realidad. Si los canales empleados por los intelectuales del otro 27 fueron, fundamentalmente, las revistas gráficas y el teatro, nosotros añadimos el cine, la música, la danza y las artes plásticas. Cualquier cauce es válido para que, dentro de un siglo, continúen riéndose de nosotros. Los frutos de la generación de *La Codorniz* se llamaron Luis García Berlanga y Rafael Azcona, a quienes veneramos en un altar. Los consideramos la gran collera del mejor cine castizo español: absurdo, hilarante, crítico, sutil y terriblemente sensible. En sus películas, reímos tanto como lloramos. Ése es el cine que deseamos realizar, el de las luchas imposibles. A veces bárbaro, pero siempre tan nuestro.
2. **Creamos a partir de los Clásicos y la Antigüedad.** Como no hemos encontrado la Fuente de la Eterna Juventud, bebemos de Sócrates, su discípulo Jenofonte, Plinio el Viejo y Cicerón. Sostenía Rafael Gómez, *El Gallo*, que lo clásico era aquello que no se podía mejorar. Comulgamos con este credo gallista. Los nanaístas no rompemos con el pasado,

sino que profundizamos en él para seguir creando. Como los grandes cineastas, aprenderemos a hacer cine viendo obsesivamente películas de John Ford, empezando por *Centauros del desierto*. Ojo: porque continuamos aprendiendo.

3. **Nuestro leitmotiv es la búsqueda, más que la propia conquista** (quizás por ello, también simpatizamos con Ulises). Cada mañana, releemos el Mito de Sísifo. La tarea del creador ha de ser como la de un Sísifo infatigable que, pese a advertir de manera implacable la imposibilidad de su empeño, no renuncia a su cometido. Escribió San Agustín: “Buscaremos como si fuéramos a encontrar, pero nunca encontraremos sino teniendo que buscar siempre”.
4. **Defendemos los “efectos naturales” por encima de los “especiales”**. Decía Ramón Gómez de la Serna que, en lo que más avanza la civilización, es en la perfección de los envases. Por eso, los nanaístas seguimos apostando por el fondo más que por la forma. Por la esencia. Por los efectos naturales en el cine y en la mesa. Como Hegel, reivindicamos la forma en función del fondo, mal que le pese al idealismo platónico.
5. **La Tauromaquia es un rito sagrado: la única esperanza de ser libres y la última oportunidad de seguir existiendo**. Sobre el albero de la plaza, cada tarde, un puñado de hombres defienden, a duras penas, una serie de valores que nuestra insaciable sociedad destruye: el esfuerzo, la superación personal, la dignidad, el valor, el respeto al rito y la hombría, en definitiva, la torería. ¿Existe una estampa más épica, ética y estética que un hombre enfrentándose a un toro bravo?
6. **Una afición por cada sentido y, para nuestro sentido favorito, dos aficiones**. Por ello, tenemos el firme propósito de recuperar la idea de “espacio vivo de experimentación de los sentidos” que defendió el escultor Alberto Sánchez. El décimo mandamiento de la Escuela de Vallecas predicaba con sabiduría: “La gula primeramente y el sueño, la lujuria y el arrebato...”. No hay que olvidar que, para Azorín, sólo un plato de natillas era superior a la música de Rossini.
7. **Disfrutamos de la grandeur, o de lo que queda de ella**. Es decir, admiramos la exquisitez y refinamiento de la cultura francesa. Nos deslumbra su capacidad de acogida, creando franceses universales a partir de talentos nacidos en otras tierras (sirvan como muestra reciente Picasso y Jacques Brel). Somos absolutamente francófilos, a pesar de Napoleón y algún otro pequeño detalle que pasamos por alto. Nos extasiamos con la filosofía y la literatura galas (de Proust a Camus, pasando por Dumas y Cioran), el arte pictórico (impresionistas y fauvistas) y la *chanson*. Nuestro sibirismo, heredado indudablemente de los franceses, nos obliga a cerrar las comidas con un pedacito de chocolate negro.
8. **Las principales fuentes de riqueza en España son el idioma, el legado artístico, la gastronomía autóctona y el clima benigno**. Paradójicamente, no rentabilizamos al máximo ninguna de ellas. En Hispanoamérica, entre los 375 millones de personas que actualmente hablan español, han nacido varios hombres brillantes que pensaron en nuestra lengua. Otra tradición innegociable para un buen nanaísta es la siesta, el *yoga ibérico*, en palabras de Cela.
9. **Preservamos la música popular, la que nace y muere en el corazón de los pueblos**. Los romances, la copla, el tango, la ranchera, el fado... La música popular refleja lo que el alma no tiene, por eso la canción de los pueblos tristes es alegre, y la canción de los pueblos alegres es triste. Fernando Pessoa escribió que el fado encarnaba el cansancio del alma fuerte. Todos los románticos han amado la música popular, porque nos aporta un pasado imaginario, a veces heroico. También Borges: “Oyendo un tango viejo, sabemos que hubo

hombres valientes”. Durante un tiempo, cuando la copla le cantaba al amor, a la guerra, al hambre, al campo, a la picaresca y a los toros, al latir de nuestros días, también se llamó “canción española”. Porque “al fundir el corazón en el alma popular / lo que se pierde de nombre / se gana de eternidad” (Manuel Machado).

10. **Los nanaístas somos, consciente o inconscientemente, del Atleti de Madrid, el único equipo que ha tenido seguidores incluso antes de existir**, como fue el caso de Marco Aurelio, Mariano José de Larra, Nietzsche, Schopenhauer o Dostoyevski. Ser del Atleti, implica una forma particular de afrontar la vida, de tener asumida la derrota -que a menudo encierra más dignidad que la victoria-, porque el esfuerzo y el trabajo no se negocian. Estamos convencidos de que el “Cholismo Ilustrado” será estudiado algún día en las universidades más prestigiosas.

Al igual que Georges Steiner, los nanaístas somos “optimistas de la catástrofe”. En las trincheras, durante la Segunda Guerra Mundial, los soldados leían a Homero, Dickens y Shakespeare. Las grandes crisis siempre han beneficiado a la cultura porque la humanidad ha procurado hundirse con elegancia. De ahí que seamos un grupo abierto, en busca de otros seres que comulguen con nuestro credo y que estén dispuestos a encontrar la belleza escondida entre las ruinas.